

# Homilias para la Epifanía

## + Lectura del santo Evangelio según San Mateo

*Jesús nació en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes. Entonces, unos Magos de Oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: - ¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarlo.*

*Al enterarse el rey Herodes, se sobresaltó, y todo Jerusalén con él; convocó a los sumos pontífices y a los letrados del país, y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías. Ellos le contestaron: - En Belén de Judá, porque así lo ha escrito el profeta: “Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ni mucho menos la última de las ciudades de Judá; pues de ti saldrá un jefe que será el pastor de mi pueblo Israel”.*

*Entonces Herodes llamó en secreto a los Magos, para que le precisaran el tiempo en que había aparecido la estrella, y los mandó a Belén, diciéndoles: - Id y averiguad cuidadosamente qué hay del niño y, cuando lo encontréis, avisadme, para ir yo también a adorarlo. Ellos, después de oír al rey, se pusieron en camino, y de pronto la estrella que habían visto salir comenzó a guiarlos hasta que vino a pararse encima de donde estaba el niño. Al ver la estrella, se llenaron de inmensa alegría. Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rosillas lo adoraron; después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra.*

*Y habiendo recibido en sueños un oráculo para que no volvieran a Herodes, se marcharon a su tierra por otro camino.*

## Palabra del Señor

**Homilias:**

## (A)

Se suele pensar que la fiesta de los Reyes Magos es solamente una fiesta de niños. Pero no es verdad, porque, en rigor, los mayores la necesitamos más que los pequeños. Tal vez deberíamos ser los mayores, y no los niños, quienes debiéramos dejar nuestros corazones en el balcón para que, al pasar, nos dejarán los Reyes esa esperanza que tanto necesitamos.

Y es que, en Navidad, todos los hombres somos objeto de un gran regalo. Los primeros cristianos lo celebraban con verdadero júbilo y cantaban en sus asambleas: “Nos ha nacido un niño, un niño se nos ha dado”. Pero lo tomaban en serio. Seguro de que éstos son los días en que Dios se acuerda más clara y abiertamente de los hombres. Y éste debería ser el gran robustecimiento de nuestra esperanza.

Pero esperar no es cosa fácil. Y menos, esperar bien. ¿Habéis visto cómo esperan estos días los niños? Ellos esperan la llegada de los Reyes y lo esperan sin vacilación, sin angustias. Saben que los Reyes vendrán. Y que vendrán sin falta. Y saben que lo que les traigan será hermoso. Los niños se sienten queridos. Lo único que dudan es cómo se expresará este año ese amor. La noche de Reyes se acuestan nerviosos, pero alegres, seguros. Los Reyes pueden traer esto o aquello, pero seguro que lo que traigan será hermoso.

Los mayores no esperamos así. Nuestra espera es angustiosa, porque no tenemos fe, esa seguridad de los niños. Miramos al año que comienza con inquietud, incluso con angustia, como mira el jugador la bola que corre sobre la mesa de billar. Puede ser la fortuna o la catástrofe. Puede ser un año de alegrías o de fracasos, de triunfos o de ruina. La esperanza incierta da miedo, intensifica la angustia más que curarla.

Por eso vivimos tristes los más de los mayores. No nos atrevemos a pensar que todo irá bien, hemos terminado por creer que la vida da más tristezas que alegrías.

Por eso es tan difícil alegrar el alma de un adulto. A un niño le alegra una pelota. Los mayores necesitamos todo el sol del universo para que el corazón se nos descongele.

Y, sin embargo, al menos los creyentes deberíamos ser la gente de la alegría y la esperanza.

La Navidad nos da tres grandes motivos para esperar. El primero es la certeza de que no estamos solos en el mundo. Dios está sobre nosotros, se preocupa por nosotros. Nos ama. Nos ama tanto que hasta envió a su mismo Hijo para que nos sacara de este atolladero.

El segundo gran motivo es que, al hacerse hombre Dios, los problemas humanos se han vuelto también intereses suyos. Dios ha invertido en este negocio de la humanidad. Se ha empeñado a sí mismo. Él tiene ya tanto interés como nosotros en que esto de la humanidad acabe bien.

El tercer gran motivo es que ese Hijo viene a redimirnos, para salvarnos. Viene para explicarnos que la historia del mundo es una historia que acabará bien. Porque es una historia que viene del amor y va hacia el amor.

Ojalá lo entendiéramos. Ojalá que hoy cuando los Reyes vengán y dejen sus juguetes en los zapatos de los pequeños, encuentren también en los balcones los zapatos de los mayores, para dejar en ellos una buena ración de esa esperanza que tanto necesitamos.

## **(B)**

Hoy, si os habéis fijado un poco, los cristianos vienen a misa con las caras de siempre. En cambio, si por el camino, al venir a la Iglesia os habéis fijado en las caras de los niños, no son las caras de otros días...

No es, solamente, el que los reyes les hayan traído juguetes, es que da la sensación de que los Reyes les han cambiado el alma. Y, con el alma, la cara. Los niños, en esta mañana de Reyes, parecen dobles niños o niños triples, doblemente felices, triplemente niños. Y todo, porque sacan a flote la ilusión que habitualmente llevan sumergida en las almas y que hoy se ve en los rostros con todo su resplandor.

Los mayores, no. Los mayores hemos venido a misa con nuestra cara de buenas personas, un poco adormecidos todavía, y fielmente cumplidores. Pero sin ningún brillo especial en la piel, sin ningún esplendor extraordinario en nuestros ojos.

Y yo pensaba, ¿para qué venimos entonces? Si alguien viene a Misa sin esperanza, sin ilusión..., ¿para qué viene? Si no creemos en los Reyes, en la ilusión, en la posibilidad de que los milagros se realicen, ¿qué hacemos en la Iglesia?

Yo no sé si los Reyes Magos son o no una fábula. No sé si pasan o no por los balcones llenándolos de regalos. Sé –y digo “sé” en lugar de “creo”, porque para mí siempre la fe ha sido más cierta que la certeza-, que Dios pasa cada día y cada domingo, dejando en el balcón que para nosotros es este altar su Cuerpo sangrante y glorioso. Decir esto es estar loco, también lo sé. Pero yo tengo tanto derecho a tomarlo en serio como los niños a los Reyes Magos.

Los que no tienen derecho son los que se dicen creyentes y no lo creen, los que no se lo toman en serio, o no estallan de gozo en los días como hoy y vienen a Misa sin esperar nada y no descubren que ir a Misa no puede ser otra cosa (igual de hermosa, igual de loca) que abrir el corazón y dejar en él unos zapatos estando seguros de que Dios pasará esta noche y nos dejará en ellos nada menos que su amor.

(C)

## Homilía en forma de Carta

*Queridos Reyes Magos:*

No sé si estaréis acostumbrados a recibir cartas como la presente.

Sospecho que no, porque de lo contrario hace tiempo que habríais cambiado vuestra política de dejar en los zapatos de los niños los regalos que les dejáis. Por eso, creo que os hago un bien sacándoos de vuestra ignorancia, aunque mis palabras sean un poco duras y atrevidas.

Ya está bien de juguetes bélicos, queridos Reyes. Este año volveréis a traer a los niños un montón de pistolas, bombas, cohetes intercontinentales, carros de guerra... Hemos vivido brutales experiencias de horror: la destrucción de las Torres Gemelas, los asesinatos de ETA, las matanzas en las guerras de Oriente Medio y en Afganistán... Vivimos empapados de un porvenir incierto, temeroso, difuso y poblado de malos presagios.

Y con vuestros juguetes les veo a los niños jugando todo el día a matarse mutuamente desde todos los rincones de la casa y de la calle. Luego, pasa lo que pasa: que estos niños se hacen grandes y entonces se dedican a las armas de verdad; tienen tal entrenamiento y tal afición a las armas, que se dedican al juego mundial de matarse y dedican la mayor parte del dinero en construir armamentos cada vez más destructores; a organizar ejércitos cada vez más numerosos y poderosos.

¿Estáis enterados, queridos Reyes Magos, de que el 20% del presupuesto total de los países del Tercer Mundo se invierte en la compra de armamentos? ¡Ellos, tan pobríssimos que se mueren de hambre! Lo imprescindible para comer lo gastan en armas.

Y si uno se pone a pensar en el dinero que se emplea en construir esas armas, entran ganas de llorar. ¡Con la de escuelas y hospitales y casas que se podrían levantar con todo ese dinero! ¡Acaso no os habéis enterado de que el precio de un solo tanque equivale al de 98 tractores agrícolas! ¿Y que con lo que cuesta un

bombardeo moderno se podrían construir 40 escuelas con 30 aulas cada una? ¿No será que vosotros os pasáis la vida en el cielo leyendo novelas de color de rosa? Porque pienso que habéis cambiado mucho vuestra forma de pensar. Cuando vosotros fuisteis a saludar al Niño Jesús, le regalasteis oro, incienso y mirra. ¿Por qué no le regalasteis una espada? Porque bien sabíais que Él traía un mensaje de amor y de paz.

Queridos Reyes Magos... No son los niños los que eligen juguetes bélicos; somos nosotros, los adultos, los que hemos escogido las armas. Somos nosotros, los adultos, los que hemos olvidado lo que decía el Profeta: *“Cuando venga Él, el Mesías, transformará las espadas en hoces para la siega”*.

Si vosotros suprimís de vuestros baúles y camellos todo lo que huele a guerra y muerte, nosotros desarmaremos nuestros corazones de odios, resentimientos, malquerencias, rencores, antipatías y violencias.

Procurad echarnos uno mano, vosotros que conocisteis bien Oriente. Nada más por ahora, Un triple abrazo. Adiós.

## (D)

Muchas veces me he puesto a pensar por qué decimos “Portal de Belén”. Como si el establo, que no era sino un cobertizo, tuviese puertas o portones. Total no servía más que para guardar a las ovejas y protegerlas de la lluvia. Por eso carecía de puertas. Dios nació en una casa sin puertas.

Por eso cuando llegaron los Magos no necesitaron tocar el timbre ni el picaporte y esperar a que alguien por la mirilla preguntase ¿quiénes son? ¿de dónde vienen? ¿qué buscan? Sencillamente llegaron y entraron porque todo estaba abierto. Es impresionante la descripción que hace Edith Stein cuando un día, aún antes de convertirse, entró en la catedral de Francfort. “Entramos unos minutos a la catedral y, mientras permanecíamos dentro en un silencio respetuoso, entró una mujer con la canasta de la compra. Se arrodilló en uno de los

bancos. Permaneció en esa postura el tiempo suficiente, para rezar una breve plegaria. Aquello era algo completamente nuevo para mí. En las sinagogas y en las iglesias protestantes que yo había visitado se entra sólo para los actos litúrgicos de la comunidad. Pero aquí alguien puede entrar en una Iglesia vacía, durante las horas laborables de un día cualquiera de la semana para mantener una conversación familiar. Jamás he podido olvidar esto”.

La presencia de los Magos en Belén fue un poco la visita de Edith Stein a la Catedral Francfort. Es que lo más maravilloso de Dios es que le repugnan las puertas. Las quiere siempre abiertas para que todo el que quiera verlo y hablarle y adorarlo no necesite ni llamar, ni tocar el timbre, ni pedir visita previa con hora fija.

Dios está abierto siempre y a todos. No hace distinciones. El Niño no se fijó si el uno era negro y el otro blanco y el otro amarillo. Ni se asustó viendo lo grandes que era los camellos. Sencillamente les recibió con una sonrisa. Por algo le llamamos la fiesta de la Epifanía, de la manifestación, de la revelación de Dios al mundo gentil y pagano. Se reveló como el Dios de todos y para todos. La mujercita que entró a la Catedral de Francfort, de seguro que venía o iba a la compra, porque entró con su cesta. No la dejó por respeto en la puerta.

También con la cesta se puede entrar a hablar con Dios.

No sabemos de qué hablaron ella y Dios.

Posiblemente de lo caras que estaban las cosas y que de seguro no le iba llegar el dinero para llenar su cesta. Y Dios se sintió complacido de aquella visita.

Posiblemente los dos se cruzaron una sonrisa sin decirse nada.

Los otros habían entrado de simple curiosidad turística. Y aún ellos salieron distintos. Porque Edith salió impresionada y tocada en su alma de esta disponibilidad de Dios.

El Dios de la Epifanía no es el Dios de las puertas cerradas.

Tampoco el Dios a quien hay que pedir visita previamente.

Es el Dios de las puertas abiertas a todos.

Es el Dios que siempre está disponible a recibirnos.

Es el Dios que nunca está ocupado para atendernos.  
Es el Dios siempre disponible para todos nosotros, llevemos oro, incienso y mirra, o simplemente llevemos la cesta de la compra. ¿Por qué nosotros no empeñaremos tanto en encerrar a Dios? Solemos decir: “Que todo el año debiera ser Navidad”. Y estoy de acuerdo. Pero yo añadiría: “Todos los días debiera ser Epifanía”, Dios con las puertas abiertas dispuesto a recibirnos a todos y a aceptarnos y charlar con todos. Dios que cada día nos dice: “Pasad, la puerta está siempre abierta”.

(E)

### **Carta de los Reyes Magos a los padres**

Queridos padres:

Melchor, Gaspar y el que os escribe, Baltasar, flipamos con vosotros. Hemos recibido miles de cartas de vuestros hijos e hijas pidiéndonos todo tipo de juguetes y cacharros. Estáis atiborrando a los niños de cosas superfluas, de regalos inútiles que dejarán abandonados en cualquier rincón en cuanto pase el primer calentón de la novedad. Permitidnos que os recordemos los regalos que realmente necesitan vuestros hijos.

En primer lugar, lo más importante que necesitan los niños **es amor**. Debéis achucharlos, besarlos, abrazarlos, acariciarlos. Y todo ello sin medida. Sin amor los niños no pueden crecer ni madurar. Pero, cuidado: no confundáis amor con sensiblería barata; amor no significa consentirlo todo, satisfacer todos los caprichos o dejarse chantajear por sus pataletas. Eso sería malcriarlos.

Amar significa también establecer límites, enseñarles a distinguir lo que está bien y lo que no, lo que se puede y debe hacer en cada momento y lo que no se puede consentir. Amar también es castigar cuando es preciso.

La segunda cosa que necesitan vuestros hijos **es educación**. Esa es la mejor herencia que podéis dejarles. Hay que enseñarles a



comportarse en cada circunstancia. Tenéis que decirles cómo deben comer, cómo usar los cubiertos, cómo vestir o cómo hablar en cada ocasión. Y, sobre todo, debéis enseñarles a respetar a los demás, y eso implica que aprendan a cuidar el trato con los adultos y, especialmente, con sus profesores: a ver si desterramos de una vez esa falsa idea de que todos somos iguales. Todos somos iguales ante la ley y poco más. No es lo mismo tratar con el Rey o con un obispo que con un amigo de juegos; y eso hay que enseñárselo a los niños pequeños; igual que deben aprender que la porquería no se tira al suelo, o que no se debe escupir ni blasfemar.

Las normas de urbanidad y buena educación debéis enseñarlas en casa. Vuestra responsabilidad no la podéis delegar en nadie. Y para educarlos correctamente se empieza predicando con el ejemplo: los padres sois el ejemplo que seguirán vuestros hijos.

No lo olvidéis. Debéis enseñarles también que su futuro depende de ellos mismos y de **su esfuerzo**; y que los sueños sólo se consiguen a base de sacrificio. Porque las cosas importantes de la vida nadie se las va a regalar. Por eso tenéis el deber de educar su voluntad, para que sepan cuáles son sus obligaciones y las cumplan en cada momento. Tenéis que inculcarles que en la vida hay que hacer cosas que, muchas veces, no nos apetecen ni nos gustan, pero que son necesarias.

Lo bueno no siempre es lo que nos gusta, y lo bueno (estudiar, por ejemplo) hay que hacerlo, aunque suponga un esfuerzo. Por supuesto, también tenéis que **recompensarles** por el trabajo bien hecho. Y para ello no siempre es necesario vaciar la cartera. A veces, una felicitación cariñosa, un abrazo o un «estoy muy orgulloso de ti», vale más que todo el oro del mundo.

Muchos de vosotros tenéis uno o dos hijos como mucho, por eso ellos, a veces, se creen el ombligo del universo. Tenéis que hacerles ver que no están solos en el mundo, que hay otros muchos niños, no tan afortunados como ellos, con los que deben ser solidarios. **La solidaridad** es la mejor escuela de la vida de

vuestros hijos y en ella vosotros deberíais ser sus mejores maestros.

También tenéis la obligación de explicarles a vuestros hijos para qué los habéis traído al mundo, qué sentido tienen sus vidas, porque si no pueden pensar que el sentido de la vida es solamente divertirse, beber, las drogas, el sexo, comprar y poco más. A nosotros el sentido nos lo indicó una estrella, que nos llevó hasta Belén y allí descubrimos al **Niño Dios**, que desde entonces es el que ha dado sentido a nuestras vidas. El es el que hace posible que desde hace tantos años sigamos visitando vuestras casas, sin desfallecer. Sin Él no lo podríamos conseguir. ¿Habéis descubierto ya vuestra estrella? Sin ella, todo lo que os hemos dicho anteriormente es más difícil de conseguir.

¡Ah!, se me olvidaba, muchos de vosotros nos habéis preguntado qué les podéis regalar a vuestros hijos este año. Gaspar, Melchor y yo lo hemos hablado y hemos llegado a la conclusión que el mejor regalo que les podéis hacer es un poco más de vuestras personas y de vuestro **tiempo**. Ellos lo agradecerán algún día. Y, si no, ¿qué importa? A fin de cuentas habréis cumplido con vuestra obligación de padres, ya que es una de las cosas más importantes y bonitas que puede hacer alguien en este mundo. Y eso llenará vuestras vidas de felicidad y sentido.

Atentamente, Gaspar, Melchor, y, en su nombre, Baltasar.

¡Feliz Navidad!

**P. Juan Jáuregui Castelo**